

MARÍA ZAMBRANO Y LA MIRADA DE CERVANTES

MARÍA ZAMBRANO AND CERVANTES'GAZE

Julieta LIZAOLA

*Facultad de Filosofía y Letras, UNAM**

Se descubre en el arte –otro nombre de la humana creación– el anhelo elevado a empeño de reencontrar la huella de una forma perdida ya no de saber solamente, sino de existencia.

María Zambrano

RESUMEN: El presente ensayo observa el desencanto barroco que adquiere representación en la figura melancólica de Alonso Quijano; María Zambrano contempla en él la alegoría de España: ambigüedad que logra ser expresada con la profundidad propia de la literatura que se adentra a hurgar en los secretos más íntimos de la vida humana, mirada poética que ahonda en el ensueño y el delirio, el desatino y la lucidez de la escritura de Cervantes; en la alternancia entre lo ideal y lo real, en la tensa dualidad entre idealismo y realismo español. Ha nacido un nuevo género de escritura que alcanza a expresar la modernidad ibérica, ya barroca, recogiendo la ambigüedad de la existencia: la creación literaria llega a la novela y encuentra así otra posibilidad ontológica, la de ser narrada e hilada entre metáforas poéticas, con apego a las profundidades y contradicciones de la oscilante alma barroca.

PALABRAS CLAVE: Barroco, novela, ambigüedad, fracaso, Cervantes, Don Quijote

* Profesora Titular C de T.C. Dirección Postal: Cerrada Belisario Domínguez 18, 04100, CDMX, México. julieta.lizaola@gmail.com Financiación: Este trabajo ha sido realizado en el marco del Proyecto de Investigación «Herencia y actualización del Barroco como ethos inclusivo» (PID2019-108248GB-I00 / MICIN/ AEI / 10.13039/501100011033), financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación, Agencia Estatal de Investigación, del Gobierno de España.

ABSTRACT: This essay observes the Baroque disenchantment represented in the madness of Alonso Quijano. María Zambrano observes the allegory of Spain in Quijano, an ambiguity that manages to be expressed with the depth of literature that is not afraid to delve into the most intimate secrets of existence. There is a poetic look that delves into dreams and delirium, the folly and lucidity of Cervantes' writing, in his reverie, in his alternation between the ideal and the real, in the tense duality between idealism and Spanish realism. Iberian modernity, already Baroque, is born accompanied by ambiguity: literary creation reaches the novel and thus finds another ontological possibility, the possibility of being narrated and spun between poetic metaphors with no fear of the depths and contradictions of the oscillating Baroque soul.

KEYWORDS: Baroque, novel, ambiguity, failure, Cervantes, Don Quijote

1. Introducción. *El Quijote*, lugar de pensamiento

El presente texto tiene el propósito de adentrarse en la relación que María Zambrano articula con dos experiencias vitales del espíritu español distantes en el tiempo, pero cercanas íntimamente en su profundidad ontológica: el Imperio católico y la II República. Ambos intentos, y sus respectivos fracasos, serán para la autora lugares de reflexión. Los cuales observa a través de la barroca figura del personaje extraviado y exiliado en la obra central de Cervantes; la autora intenta ahondar en las verdades que la literatura y la filosofía en unidad pueden mostrar: un saber poético revelado, ordenado por una razón abierta a diferentes vías de acceso al conocimiento, que indaga en el alma colectiva lo que se expresa en ese lugar del pensamiento que es *El Quijote*.

La ambigüedad de la novela procede, al parecer, de que está al nivel del hombre, de que la conciencia creadora de su autor en nada sobrepasa a la conciencia que define a nuestra época, a nuestro mundo, emancipado de lo divino. Y, en consecuencia, sus conflictos, sus personajes, son humanos, perfectamente humanos... ¿qué es lo ambiguo, sino el resultado de una falta de anchura del horizonte para contener ciertas acciones, ciertas criaturas?; la incapacidad de la conciencia para albergar enteras a ciertas realidades que en otro espacio más amplio serían puras, inequívocas y aun simples (Zambrano, 1994: 18-19).

Entre los pensadores del exilio español, Zambrano inicia la necesidad de “diagnosticar qué había pasado para que se les hubiera venido abajo su proyecto

optimista y entusiasmado de la República” (Mora, 2010: 164-179). Se plantea la necesidad de desandar el camino para encontrar y observar los momentos fractura, por ello se propone una revisión de la razón moderna, una reforma del entendimiento español que contempla, para el conocimiento, la importancia fundamental de la literatura. La presencia de Cervantes, a través de su Don Quijote, y su mirada ante un mundo barroco es el hilo conductor.

Cervantes vive sus primeros cincuenta años en la España de Felipe II, que cubre, precisamente, el periodo último del siglo XVI en que se confrontan esas propuestas intelectuales... con la lógica del poder de la monarquía católica (y ya no solo cristiana) y con las primeras grietas que la realidad política iba mostrando y que serían bien visibles en el periodo de Felipe III ya hacia el Barroco. *El Quijote* pudo no escribirse como le sucede a cualquier obra, pero, una vez escrito, sabemos que solo pudo haberlo sido en esta experiencia del paso del Renacimiento al Barroco (Mora, 2020: 268-269).

2. La novela y el alma barroca

Zambrano postula la convicción de retomar las problematizaciones filosóficas sobre *El Quijote* que la antecedieron, en especial las de Miguel de Unamuno y José Ortega y Gasset, formulaciones propias de la filosofía española contemporánea que medita sobre “la naturaleza lingüística y literaria de la filosofía” (Borbujo, 2010: 47), y que ella articula con sus propios postulados. Serían dos los elementos centrales que Zambrano observa a través de la obra de Cervantes: uno, la revelación de la ambigüedad del alma barroca, y, dos, la importancia central de la novela, como parte del quehacer literario que ella concibe como fuente inagotable de conocimiento.¹ La cuestión de fondo va dirigida a cuestionar por qué la filosofía no pudo ser la vía para expresar y esclarecer la vida espiritual desplegada en los reinos hispanos del siglo XVI y XVII. ¿Por qué un nuevo género literario, la novela, pudo contener en sí la fuerza para mostrar lo que acontecía ontológicamente, sin recurrir a las fórmulas metodológicas, ni epistemológicas, que el quehacer gnoseológico racionalista postula? Esta pregunta encierra una serie de tensiones y contradicciones que ha compartido la relación poesía y filosofía y, que, en el caso hispano, toma una presencia singular. “Incluso en los momentos

¹ Zambrano abre así dos senderos de búsqueda: figuras simbólicas que muestren la naturaleza humana a través de un saber revelado, de una razón poética.

de su mayor esplendor, siempre le ha faltado algo a la filosofía. Toda cultura deja ver la necesidad de imágenes que orienten el esfuerzo de ser hombre” (Zambrano, 2001: 133). Recordemos que durante siglos se ha considerado desde el discurso epistemológico dominante de la filosofía –sajón y continental– que la modernidad iberoamericana ha carecido de pensamiento filosófico, generando una amplia idea de discriminatoria exclusión. Sin embargo, al observar la capacidad artística que inicia su despliegue en este período, se contempla un horizonte donde la reflexión española toma otros cauces, otros senderos, mostrando que al conocimiento conceptual se le escapa dar cuenta de elementos fundamentales de la vida humana, los que el arte literario recupera y muestra sin dificultad pues de suyo es su hacer, su labor ontológica, el narrarlos (Rivero, 2017: 55).

Así, al saber español y su tradición hay que buscarlos en la riqueza de sus artes. Será en literatura donde se encuentren esos momentos resplandecientes de claridad donde las verdades de la vida humana asomen. Lo plantearán con claridad Unamuno, Ortega, Machado² y Zambrano lo hará problema suyo. Una de las meditaciones primeras de su obra está dedicada a la relación entre filosofía y poesía, es decir, a las formas que se ocupan de lo más hondo de la experiencia humana. Será la poesía, considera, la que ofrezca mayor lealtad al recorrido vital, a su necesidad de sentido, a su carencia constitutiva. Afirmar que el pensamiento español ha vivido de forma marginal la filosofía europea de la Ilustración nos lleva a aclarar en qué consiste este sentido de marginalidad: implica no sólo la marginalidad histórica que corresponde a no haber hecho suyos objetivos sociales, políticos y culturales de la Ilustración sino, también, a una marginalidad de sus categorías filosóficas. El conocimiento español encuentra un espacio más amplio, y más cercano a su forma de comprender la vida humana, en los géneros literarios como son la novela, la guía, y la poesía: será “la máxima ambigüedad humana estará recogida por la novela y no vista por la filosofía; la ambigua acción de inventarse a sí mismo” (Zambrano, 1994: 25). La formulación de un nuevo acceso a la realidad es el núcleo de la razón poética; una vía en la que no hay elementos que sean negados, excluidos, dejados de lado, por el contrario, la poesía escudriña la más mínima de las formas, de las experiencias, recuperándolas; haciendo más amplia la sentencia humanista que concibe el ejercicio de la libertad como la máxima de las acciones humanas (Rivara, 2010: 406). Sin

² Unamuno, Ortega y Machado son representantes de una resignificación de la razón moderna hacia una razón que incluya al hombre de carne de hueso, a su vitalidad y espiritualidad. Junto con Zambrano constituyen otra propuesta del pensar filosófico que parta y se nutra de la vida.

embargo, la novela no las explica ni analiza pues “no pretende restaurar nada, reformar nada”.

Quizá nunca se haya escrito una obra más cerca de ser la Tragedia de la Libertad –nuestra Tragedia– que la ambigua historia del Caballero de la Mancha. Mas su ambigüedad podría quizá resolverse así: sin alianza con la poesía, el pensamiento filosófico no podrá alcanzar el secreto supremo de la libertad terrestre, la fusión de la libertad con lo que parece ser su contrario: amor, obediencia (Zambrano, 2010: 138).

Las reflexiones zambranianas sobre la compleja figura de *El Quijote* y la aguda mirada de Cervantes corresponden también al periodo de la constitución de España como Estado, la tensión entre la pluralidad de naciones y credos y su expansión territorial en busca de la consolidación del imperio católico; momento histórico que fue percibido con mayor lucidez por la literatura, que se revela capaz de expresar los conflictos de las sociedades modernas, que por el naciente racionalismo (Mora, 2014: 661-674):

Cuando el viejo modelo de autoridad homogeneizadora –advierte José Luis Mora– se sostenía solo por la fuerza de las armas; cuando comenzaron a dibujarse los estados modernos tras el fracaso de la Armada Invencible y el fallecimiento de Felipe II y cuando hubo ya una conciencia de nuevas claves importantes en la vida humana; es entonces cuando “de repente” aparece un género de escritura llamado novela (no porque no se hubieran escrito otras antes sino porque ahora se hace con un propósito nuevo, ya no solo el de caricaturizar situaciones aparatosas o singulares como sucede en la picaresca) que se adapta como un guante a la naturaleza de la situación que vivía la hidalguía española, esa clase social que había quedado a medias entre la nobleza y el pueblo, o sea, en esa dualidad que muestra cómo los ideales están de un lado y la realidad del otro. Los filósofos la definirían como conciencia de la dualidad humana. La novela lo hará en términos de encrucijada. Esta era una de esas nuevas claves. En esa situación la monarquía y la corte seguían ejerciendo un poder basado en la fuerza militar mientras el pueblo se buscaba la vida como podía (Mora, 2020: 226).

Cabe insistir en que el siglo XVII español, el Siglo de Oro, significó la convivencia de apogeos literarios y pictóricos, al lado de la pobreza, los esplendores imperiales al lado de la enfermedad y la peste, entonces fue que el desengaño abrazó el ánimo popular. “Esa era la situación, cuando la literatura vino al rescate

de la sociedad... Fue en un tiempo clave en que el optimismo renacentista se teñía de pesimismo” (Mora, 2020: 267). Habría que recordar que este siglo conoce una serie de adversidades que conducen a buena parte de Europa a una pobreza generalizada en una extendida crisis económica; hambrunas, pestes y guerras de religión, dejarán una huella que expresará la enorme inquietud y desasosiego por la imposibilidad de la certeza, de la fijeza, de lo inamovible. Un mundo oscilante y en continuo cambio fue lenta y penosamente aceptado. El Siglo de Oro español será un muestrario de estas inquietudes: de la palpable miseria del pueblo español, del intento devastador de mantener el dominio sobre Flandes, del carácter oscilante del mundo. Corresponderá a la literatura y a las artes plásticas ser los ámbitos en que claramente se manifieste la nueva sensibilidad. Por otro lado, la Reforma religiosa y la Contrarreforma, con su programa para la propagación de la fe que asume la Compañía de Jesús, y la Inquisición, generan un ánimo contrarreformista que desvaloriza la vida terrena y su fugacidad, a la vez que el afán de trascendencia. Las disputas por la gracia y la salvación, la concepción de un dios *absconditus*, lejano e inasible, configuran un horizonte cultural donde reina la idea de la falibilidad del mundo y de la vida, de la conciencia de la desventura, del desengaño, de lo aparente, de lo ilusorio, de lo ambiguo. Los valores éticos del estoicismo y de la mística del siglo XVI, ahora aunados a la sátira, se transforman en queja, protesta y respuesta a un mundo carente de valor, a una vida fugaz e insignificante. El humanismo, su amor por la vida y el mundo, se ha ido desvaneciendo. Y este momento de crisis y decadencia vital lo es también, paradójicamente, de esplendor artístico y creador. La literatura de la época estará poblada de personajes melancólicos, como Segismundo y Don Quijote de la Mancha. Calderón de la Barca y Cervantes conforman el nuevo paradigma ético y estético donde el desengaño, el sueño y la realidad se confunden. Tanto en España como en Nueva España este animo se propaga. La crisis del humanismo ha dado lugar al espíritu barroco, las grandes desgracias se suceden en ambos territorios hispánicos.³

El estudio sobre el desarrollo del humanismo y el barroco español muestran con claridad la relevancia de las artes literarias. Zambrano encontrará que es en la novela donde el alma barroca es revelada, no así en la razón y el ejercicio filosófico⁴ (Rivara, 2010: 400). La autora realiza algo más que un análisis literario a

³ Lizaola, J. (2023). Prefacio. *Barroco novohispano*. México: FFyL UNAM/ Ediciones Viceversa. Texto en prensa.

⁴ “La filosofía había estado en el arte y en específico en la novela, pero también en formas privilegiadas de expresión: la poesía, la guía, la confesión, la meditación; formas que cum-

un libro, pues encuentra en él que Don Quijote, “es nuestra cifra, no cabe duda, y, sin embargo, no se ha mostrado en la luz directa de la épica o saliendo de la caverna de fuego donde vive la tragedia; su aparición se da en la luz uniforme de la novela” (Zambrano, 1994:15).

La novela supone una riqueza humana mucho mayor que la filosofía, porque supone que algo está ahí, que algo persiste en el fracaso: el novelista no construye ni añade nada a sus personajes, no reforma la vida, mientras el filósofo la reforma, creando sobre la vida espontánea, una vida según sus pensamientos, una vida creada, sistematizada. La novela acepta al hombre, tal cual es en su fracaso, mientras la filosofía avanza sola, sin supuestos (Zambrano, 1986: 91).

La intención de Zambrano es observar y comprender la condición de Don Quijote y Cervantes. La ambigüedad de ambos tiene un lugar fundamental en sus reflexiones, en su ánimo de esclarecer la identidad española y el doloroso proceso de sentirse llamada a engaño; por ello dedica varios artículos a analizar y mostrar la complejidad que encierra la mirada del escritor y la alegoría de su personaje. “La novela narra el persistente hacerse de la existencia y su condición problemática” (Múgica, 2010: 395). El fracaso humano, su delirio, su sueño fueron captados por el poder literario de Cervantes, por ello es la fuente de la que emana el reflejo espiritual del barroco hispano. La literatura concibe al hombre en su compleja subjetividad, lo recrea, más allá de su limitada condición de mero sujeto epistémico (Rivara, 2010: 401). La mirada de Cervantes está expresada en su novela, en su contemplación de un mundo ambiguo, en tensión permanente entre el idealismo y el realismo sin solución. Cabe subrayar que la ambigüedad del personaje de Don Quijote no es propiciada por la pluma de Cervantes sino tomada de su realidad, lugar donde emana esa confusión de seres que, a decir de Américo Castro, convive en continuo y problemático desequilibrio, en disposición “expresa el proceso penoso y conflictivo de quien aspira a ser persona, e identifica la conciencia de personalidad con la pretensión de realizar el bien en un mundo malignamente dispuesto” (Castro, 2001: 277).⁵ El tema del *Quijote* es “la dificultad misma de existir o [...] la expresión de la conciencia de estar

plían con la exigencia de que el pensamiento no se alejara nunca de la vida”. Rivara, G. “El Quijote y la filosofía”. 2010, p. 400.

⁵ “Castro compara la situación de los intelectuales españoles —“combatidos, calumniados”— durante los años de la dictadura con la de los erasmistas cuatrocientos años atrás. Así pues, al hablar de erasmismo y humanismo, Castro realiza una reflexión crítica del pasado, a partir de una conciencia progresista, democrática y republicana” (Múgica, 2010: 394).

viviendo en perenne conflicto” (*ibid.*). El conflicto ya no es el del héroe trágico, dividido entre el dios y las leyes primeras, ahora es la ambigüedad del personaje que logra ser expresada en la novela. *Don Quijote ya no vive en el mundo de la tragedia, sino en el mundo de la novela, mundo del tiempo y de la luz de la conciencia* (Trapanese, 2010: 363).

No parece dudoso que entre todas las figuras creadas por la literatura española sea la de Don Quijote la que alcance este rango en mayor grado en la conciencia española. Que sea también el símbolo aceptado universalmente, lo confirma. Pues que un pueblo, por definida que sea su peculiaridad y su destino, no deja de ser una parte de la Historia Universal, en función de la cual alcanza su rango efectivo. Pero no es solo ante la Historia Universal –la verdadera– donde la figura del Caballero de la Mancha representa la encarnación de las aspiraciones profundas de un pueblo. Para percibir claramente este valor, o este proyecto, antes hay que aislar un problema que parece afectar a los españoles, pero que, uno se da cuenta rápidamente, afecta igualmente a la cultura occidental: el problema de su ambigüedad. Y bien, toda ambigüedad pide una liberación (Zambrano, 2001: 133).

3. El fracaso español: Imperio católico y II República

La paradójica mirada de Zambrano indaga en las emblemáticas derrotas sufridas por la sociedad española; la primera, desarrollada bajo el paulatino debilitamiento del poder imperial y la segunda, bajo la derrota de la II República. Las consecuencias de ambos eventos en la vida social española no son sólo fenómenos políticos, sino momentos donde el complejo entramado humano lidia entre sí. Son momentos paradigmáticos de lo que Zambrano denomina el “fracaso español” y solo desde ellos, dirá la pensadora andaluza, será posible salir de nuevo, una vez recorridos sus subterráneos ríos, al camino, al alba, a la aurora, como lo haría Don Quijote.

Don Quijote es un loco sagrado, un “inocente” que clama por su liberación de los encantos del mundo. La ambigüedad se acentúa aún más porque Don Quijote está poseído, enajenado por la pasión de libertad y aun de liberar. La libertad es su pasión, que se entrecruza con la pasión de la justicia. Justicia que será siempre libertad; libertad y no orden; libertad y no igualdad. La ambigüedad máxima de la obra de Cervantes estriba en que el héroe,

que dedica el esfuerzo de su brazo y la continua tensión de su voluntad a la liberación de todos los que encuentra en su camino (Zambrano, 2001, 134).

Es ineludible que la mirada se detenga en esos infiernos colectivos y observe el cauce que abren sus sufrimientos y sus desengaños: el imperio desvaneciente y la República vencida son dos imágenes recónditas que dejan ver la oscuridad y fuerza de lo que fue vivido como fracaso. Un momento paradigmático fue “el Siglo de Oro”, pues ahí se encuentra el hilo que desentraña el laberinto de la experiencia de la modernidad ibérica barroca, ahí el origen de la angustia por la identidad. Mas, hay otra desilusión más cercana y, tal vez, más urgida de comprensión, la de la República y su trágica derrota: la de la Guerra Civil y el inacabado sueño de justicia. La alegoría del Quijote continua viva y habrá que mirarla con detenimiento, ahora son los ojos exiliados de Zambrano los que observan la mirada de Cervantes, viviendo en su propia carne la ambigüedad, que es el escenario de la vida ibérica.

Vemos ahora más claramente en qué consiste la ambigüedad del espejo que nos ofrece Cervantes: Don Quijote, el protagonista, es portador de un largo sueño ancestral, ha alcanzado el rango de héroe simplemente por haber obedecido, como todos los protagonistas de tragedia, a una pesadilla ancestral de la que son víctimas en el sentido sagrado y en el sentido humano. Toda tragedia es un sacrificio, un rito por el que se aplacan las fuerzas oscuras y ambiguas que permiten, al precio de la pasión y la muerte del héroe, que se esclarezca un oscuro conflicto, que se muestre uno de esos nudos terribles que forman la trama de la existencia humana. El protagonista de la tragedia paga a lo largo de toda su vida, y a veces con la totalidad de su sangre [...] Don Quijote encontrará su liberación, la liberación de los encantamientos del mundo al mismo tiempo que de su Locura; y con él todas las figuras nacidas de los sueños fantásticos de la esperanza. Mas la esperanza suprema para los occidentales siempre ha sido, bajo diversos nombres y diversos signos, la que se atavía con el nombre de Libertad (Zambrano, 2001: 136-138).

La resignificación del barroco es una acción necesaria pues las explicaciones e interpretaciones de nuestra modernidad iberoamericana nos resultan insuficientes. Parte de esta débil hermenéutica pasa por la deficiente comprensión de nuestro pasado. Incomprensión de las resonancias de lo que representó en su momento, por un lado, la pérdida para España del Imperio que se fue desvaneciendo, por otro lado, la necesidad novohispana de establecer una resistencia a la colonización europea. En ambos lados del Atlántico, el doliente mundo

Ibérico experimentaba las oscilaciones del mundo, la impermanencia de las cosas, los desasosiegos espirituales, las repercusiones de la Contrarreforma católica, las Inquisiciones para sus pueblos sumergidos en la pobreza. Además, de vivirse al margen del proyecto hegemónico y moderno del capitalismo industrial protestante y sajón. Condenados por ello al retraso, fuera de los campos éliseos del progreso productivo. Los siglos de la modernidad occidental han atravesado la continuidad de las crisis económicas que el sistema impone al tiempo que ha intentado sobrevivir espiritualmente. Hoy nos volvemos para preguntar por lo que dejamos atrás, para mirarlo, para observarlo, por más perturbador que resulte; para interpretarlo desde nuestras propias experiencias e inquietudes. Por ello tiene todo sentido preguntarnos, con la ayuda de Zambrano, qué fue de nuestro barroco. Si éste ha estado latiendo durante los últimos siglos y no fue un fenómeno de época con fecha de caducidad cumplida sino un proceso cultural que aún no cesa. “Cuando el racionalismo moderno centroeuropeo decide olvidarse del mundo de las pasiones, Cervantes las pone en el centro de la reflexión, las libera en forma poética, las rescata en una especie de ontología brotada de la palabra poética” (Rivara, 2010: 407).

“La obra de Miguel de Cervantes suscitó gran interés entre los pensadores del exilio, que continuaron así una tradición interpretativa que el tercer centenario de 1905 había acrecentado” (Trapanese, 2010: 358). Zambrano problematiza la novela, es decir cuestiona la ambigüedad de Cervantes y de Don Quijote y escribe ampliamente sobre el tema.⁶ Elena Trapanese esclarece el punto de partida de Zambrano:

Unamuno propone la figura de un héroe eterno, cuyo límite consiste propiamente en convertir el anhelo de inmortalidad en ansia de eternidad: la inmortalidad es cosa de este mundo, mientras la eternidad es de otro, y por esto Don Quijote se convierte en un ser trágico, sin mundo capaz de por esto Don Quijote se convierte en un ser trágico, sin mundo capaz de acogerle verdaderamente. Ortega, en cambio, busca un héroe situado en sus propias circunstancias, un héroe de “nuestro tiempo”, capaz de construir, gracias a su voluntad de aventura, un puente (un proyecto de vida) entre

⁶ “*La reforma del entendimiento español* (1937), *La mirada de Cervantes* (1947), *La ambigüedad de Cervantes*, *La ambigüedad de Don Quijote*, *Lo que le sucedió a Cervantes: Dulcinea* (los últimos tres ahora reecogidos en *España, sueño y verdad*), *La liberación de Don Quijote* (1947) – ahora recogido en la edición de E. Baena, *María Zambrano. Cervantes (Ensayos de crítica literaria)* -, *La novela: Don Quijote. La obra de Proust* (1965) y el *Discurso* de 1989 con ocasión de recibir el Premio Cervantes”. En: Trapanese, 2010: 358.

lo inmediatamente material y lo ideal. Estas dos diferentes miradas hacia el libro de Cervantes nos revelan, según Zambrano, la ambigüedad de la imagen de Don Quijote y la necesidad, para los españoles, de encontrar una hermenéutica capaz de salvar su cultura (Trapanese, 2010: 360).

María Zambrano, observamos, retoma los planteamientos formulados por sus maestros y elabora sus propias inquietudes siguiendo la figura de Don Quijote, emanada del siglo XVII y sus desventuras, y lo hace, para Elena Trapanese, desde una radical convicción: “Confrontarse con la obra de Cervantes, con el hidalgo de La Mancha y con el modelo, o los modelos, que allí podemos encontrar, significa enfrentarse con la tradición propia de España y en ella encontrar posibles claves de lectura del fracaso de su historia” (Trapanese, 2010: 361). Pues en ella se encuentra la hora en la que parece el fracaso y la certeza de que “y este género de fracaso era entonces y sigue siendo ahora la garantía de un renacer” (Zambrano, 1989: 54). El seguimiento que realiza sobre el libro de Cervantes, sobre las hipótesis culturales de sus maestros y la continuidad de su propia intuición, le permiten esclarecer un problema central:

Pues ni la filosofía ni el Estado están basados en el fracaso humano como lo está la novela. Por eso tenía que ser la novela para los españoles lo que la filosofía para Europa (Zambrano, 1986: 91).

Es por la condición de expresar nítidamente el fracaso que *El Quijote* es un espejo y, a la vez, una ventana hacia un horizonte más amplio y liberador de la cultura española.

La obra de Cervantes tiene el mérito de revelar un *más* que queda a pesar del fracaso de Don Quijote: un sentido de proximidad y de profunda convivencia entre los hombres, simbolizado por la convivencia con el escudero y amigo Sancho. La soledad melancólica del Caballero revela una convivencia pura pues su estar fuera de la lógica de los demás es lo que realmente permite tener una verdadera confianza en los seres humanos y seguir actuando en el mundo pese a las burlas de las que era objeto. Su locura es la clave de su encuentro con Sancho y, a través de él, con toda la humanidad; gracias a su locura Don Quijote cree y crea “la nobleza esencial del hombre” “la mutua confianza y reconocimiento” que, según Zambrano, tendrían que ser el fundamento de para una reforma del entendimiento español, ahora prisionero de los fantasmas de su fracaso (Trapanese, 2010: 362).

José Luis Mora observa en su *Lecturas del Quijote en el exilio* (Mora, 2010: 164-170) que estas lecturas filosóficas tienen que ver con “qué significa fracasar o tener éxito, tanto en un plano social como en el individual”. Los exiliados ya no miran la obra cervantina con espíritu nacionalista o “europeísta”, a los exiliados, más que buscar el “qué” de España, les movía la exigencia de encontrar el “quién” del sujeto, el español entendido como persona que hay que salvar y a la que hay que dar otra vez voz y cuerpo (Trapanese, 2010: 358). El fracaso de España había que encontrarlo yendo a las raíces de su historia, ahí es donde se encuentra la posibilidad de salir de nuevo a la aurora, salir del infortunio del pueblo. Cervantes, vino a ser la expresión de ese fracaso, pero no la forma de explicarlo y menos de intentar reformarlo.

Si la novela diagnostica la naturaleza del fracaso, la filosofía se olvidó del individuo, se tornó “imperial”, teocrática, absolutista. Por ello corresponde a “otra” filosofía, defensora por igual de la razón y del individuo, reformar el entendimiento y construir un Estado donde los individuos no pierdan su singularidad, es decir, su libertad (Mora, 2010: 666).

Zambrano postula, así, la necesidad de realizar una *reforma del entendimiento español*, a transformar de raíz la concepción del pensamiento filosófico. ¿Por qué la larga tenacidad en mostrar que la filosofía había dejado fuera lo que debería conformarla? Porque en esta exclusión germina el olvido de la posibilidad de “la convivencia humana”, el pensamiento emerge entonces como violencia. Violencia que no permanece tan sólo en las exigencias propias de las categorías y conceptos del quehacer filosófico, sino que traspasan *esos límites instaurándose* como realidad, que a su vez oprime y excluye lo que no ha logrado cruzar las puertas del racionalismo.

Nuestra crisis de pensamiento, en el mundo iberoamericano, se expresa en la incapacidad de nombrar y narrar lo que nos pasa cotidianamente, en nuestras dificultades por vivir fuera del centro hegemónico, en la incapacidad de vincular el pensamiento con la vida, con el acto poético. Sin poder nombrar, sin encontrar las palabras que se hagan cargo de lo que nos sucede, seguimos a la intemperie, sin refugio, sin un hilo rojo que nos ayude a salir del laberinto de exclusión y denigración, las cuales alcanzan a todo el orden social.

Cabe preguntarse qué le permitió a la pensadora española edificar su crítica, su rechazo a una forma específica de la racionalidad, como lo es el racionalismo, a la vez que abría sus esperanzas a otra forma de razón; razón que haciéndose

más profunda podría ser capaz de abrazar dentro de sí los desasosiegos humanos. ¿Dónde nacen las inquietudes que se transforman en reflexiones? Nacen, dirá Zambrano, de lo que sentimos, de ese nudo que nos habita y que nos inclina a ahondar en él. La aspiración a identificar realidad con racionalidad ha ofrecido un horizonte segado, empobrecido, sin la experiencia de la vinculación entre las diferentes dimensiones de la vida humana. ¿Cuál es entonces la posibilidad de mirar sin reducir y sin empequeñecer el mundo? “El *sentir originario* está en el centro mismo de esa propuesta de racionalidad que pretende reivindicar un conocimiento encarnado, ligado al cuerpo” (Rivera: 2014: 116) y los sentidos.

La autora muestra que el vacío interior del hombre, el devorador nihilismo y la angustia son los límites históricos que demarcan la modernidad. El yo moderno, mediante su padecer, llega a “la suprema resistencia”. Resistencia contra la alienación de la existencia. El análisis crítico de la modernidad que realiza Zambrano pone en relieve la *insuficiencia de la razón* y la consecuente *reforma del entendimiento* que le conducen a plantear uno de sus fundamentos filosóficos: la *superación del racionalismo*. La superación de una forma de razón que persiste en que la vida humana es la realización de ideas, de abstracciones, y no la experiencia de los propios contenidos y vivencias. “Y aquí nos encontraríamos ante la necesidad de una nueva y más compleja crítica del entendimiento de la razón humana. Y es [...] la penetración de la razón en esas zonas insondables de lo irracional” (Zambrano, 1986: 78). Cada vez que el hombre se ha encontrado perdido, cada vez que la realidad no ha correspondido a las explicaciones y razones dadas, ha realizado una crítica, una *reforma del entendimiento*; el hombre nota la falibilidad de su entendimiento, pero también, el hecho de que no puede prescindir de él frente a realidades conflictivas (Maillard, 1992: 155). La superación del racionalismo es posible, ya que es factible recuperar los contenidos subjetivos de la cultura: los que emergen de las enormes tensiones que conlleva el hacernos personas. “En los momentos críticos de la historia se ha hablado siempre de una Reforma del entendimiento, de una crítica que el intelecto se hace a sí mismo volviéndose sobre sí para tomar conciencia de sus propias fuerzas y más aún, de sus deficiencias. Revela esta actitud humana, desconfianza y fe en la razón” (Zambrano, 1986: 73), una ambigüedad ontológica que nos conforma.

La ambigüedad de la condición humana consiste en el hecho de que, a pesar del intento filosófico de crear un esquema de vida y de conocimiento que sirva como “promesa de seguridad”, el hombre sigue teniendo sueños, en los que todavía se siente inmerso en la mezcla sagrada de su origen (Trapanese, 2010: 363).

Así, encuentra sentido la inquietud zambrana que una y otra vez inquiere sobre qué tipo de conocimiento perseguimos, qué idea de verdad pretendemos, y una y otra vez rechaza y cuestiona la elevación del fragmento a la totalidad racional, bajo la cual nos hemos desvinculado de la experiencia de vida y del poder ontológico del lenguaje. La fundación humana es ante todo “una unidad poética”, en el sentido propio de la palabra.

Carlos Fuentes, nos señala José Luis Mora, en su discurso “¿Por qué es tan actual Cervantes?” no duda en responder a la pregunta ¿por qué es el libro a rescatar de las llamas? haciendo ver que “a partir del *Quijote* se puede recrear el mundo. Como si el mundo estuviese siempre a un paso de la catástrofe y sólo la palabra pudiese salvarlo, la imaginación sostenerlo y la acción proyectarlo”. Y todo ello porque “tenemos un porvenir que podemos desear” (Mora, 2008: 4768-4790).

Es importante advertir que la resignificación del barroco también se sucede en Latinoamérica; Es una pregunta permanente la identidad que emerge del paulatino despliegue del barroco novohispano, en el que van germinando nuevas formas de resistencia que, a decir de Bolívar Echeverría, se conforman como un nuevo *ethos barroco*. No es el ethos protestante y su modernidad capitalista industrializada, esta es otra modernidad, la barroca, alimentada por la contrarreforma católica que en América se expresa como defensa cultural ante el colonialismo.

La resistencia no puede ser la fuerza única de un pueblo, no puede ser la única forma que adopte de la energía viva... tal grandeza en el infortunio es la marca de la nobleza que hace de un pueblo egregio. Pero la vida no se compone exclusivamente de infortunio y, aunque se compusiera, sería menester abrir paso a una enérgica propiamente creadora que transforme la desdicha haciéndola punto de partida de una resurrección. La resistencia verdadera es contención; capa protectora de una llama que semeja extinguida y no lo está; puente entre una agonía y una resurrección (Zambrano, 1994: 73).

4. Conclusión

Observamos que Zambrano encuentra en la ambigüedad novelesca la posibilidad de expresión del nudo de desasosiegos que embargan al hombre barroco español y sus fracasos, ello a través del personaje de *El Quijote*. Experiencia

existencial repetida en la historia española cuando es derrotada la vía política republicana que, encarnando un sueño de convivencia, se precipita una infame guerra civil; ante otro sueño fracturado, la filósofa ve la pertinencia de volver a ese espejo vigente del alma española.

El que sea un personaje de novela la vía para contemplar el desatino del mundo barroco obliga a reflexionar no solo sobre la capacidad narrativa de la novela, sino también en la insuficiencia de una filosofía concebida tan sólo como razón lógica. La problematización de la ambigüedad no debe entenderse como algo a superar, es decir, a eliminar; por el contrario, es algo a contemplar como condición de la vida humana. El recorrido de Zambrano por las aristas, del personaje y del escritor, la conducen a afirmar la importancia de la realización de una reforma del entendimiento; de propiciar vías de conocimiento que persigan, no una imposición, sino por el contrario, la unidad de vida y su reflexión.

Agradecimientos

Deseo expresar mi sincero agradecimiento al Profesor Luis Sáez, y a la Universidad de Granada, por el enorme esfuerzo que ha significado el trabajo académico: *El barroco y nosotros*.

Bibliografía

- CASTRO, A. (2000) “Españolidad y europeización del Quijote”. En: *Hacia Cervantes*, vol. II. Obra reunida. Madrid: Trotta.
- FUENTES, C. (2008). *¿Por qué es tan actual Cervantes? Premio Internacional don Quijote de la Mancha*, Castilla La Mancha: Fundación Santillana.
- MAILLARD, Ch. (1992). *La creación por la metáfora*, Barcelona: Anthropos.
- MORA, J. L. (2010). “Lecturas del Quijote en el exilio”. En: A. Sánchez Cuervo y F. Hermida de Blas (Coords.), *Pensamiento exiliado español. El legado filosófico del 39 y su dimensión Iberoamericana*. Madrid: Biblioteca Nueva/ CSIC.
- (2020). “Y de repente la novela”. En: Lizaola J. y López X., *Crisis de la escolástica, el siglo de oro y su influencia en México*. México: UNAM/Bonilla Editores.

- (2014). “María Zambrano: Cervantes y la reforma del entendimiento español”. *eHumanista, Journal of Iberian Studies*, Volumen 3, UC Santa Barbara.
- MÚGICA, C. (2010). “El Quijote en el pensamiento de Américo Castro” En: Stoopen M., *Horizonte cultural de El Quijote*. México: FFyL UNAM.
- PÉREZ BORBUJO, F. (2010). *Tres miradas sobre el Quijote. Unamuno, Ortega, Zambrano*. Barcelona: Herder.
- RIVARA, G. (2010). “El Quijote y la filosofía”. En: Stoopen, M. *HORIZONTE CULTURAL DE EL QUIJOTE*. México: FFyL UNAM.
- RIVERO, L. (2017). Tesis doctoral “Figuras del Barroco. Personajes conceptuales en el pensamiento español del siglo XX”. México: Posgrado en Filosofía/ UNAM.
- (2014). “La Generación del 98 en el discurso de Ma. Zambrano. Del ‘dolorido sentir’ al ‘sentir originario’”. En: *La palabra compartida*. Jalapa: Universidad Veracruzana.
- TRAPANESE, E. (2010). “El caballero de la locura y su ambigüedad: Don Quijote entre Unamuno y Zambrano”. *Bajo Palabra*, Revista de Filosofía, II Época, N° 5, 349-366.
- ZAMBRANO, M. (1994). “La ambigüedad de Cervantes.” *España, sueño y verdad*. Madrid: Siruela.
- (1994). “La ambigüedad el Quijote”. *España, sueño y verdad*. Madrid: Siruela.
- (1986). “La reforma del entendimiento “En: *Senderos*. Barcelona: Anthropos.
- (2020). “La mirada de Cervantes”. *Revista Aurora, Papeles del seminario María Zambrano*, Barcelona, N. 3. 133-138.

Recibido: 27/05/2023

Aceptado: 18/09/2023

Este trabajo se encuentra bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0

